

Para hacernos respetar

MUESTRA EDITORIAL

con vivencias 2

Stéphane Clerget
Bernadette Costa-Prades

Para hacernos respetar

Claves de cómo
lograrlo en todos los
ámbitos de la vida

Traducción de Sara Lagua Bertran

Octaedro 

Colección Con vivencias
2. *Para hacernos respetar*

Título original: *Osez vous faire respecter! Au travail, en famille, dans la rue*, Éditions Albin Michel, 2010

Traducción al castellano de Sara Laguia Bertran

Primera edición: junio de 2011

© Éditions Albin Michel, 2010

© De esta edición:

Ediciones OCTAEDRO, S.L.

Bailén, 5, pral. - 08010 Barcelona

Tel.: 93 246 40 02 - Fax: 93 231 18 68

octaedro@octaedro.com

octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

ISBN: 978-84-9921-184-8

Depósito legal: B. 21.299-2011

Diseño de la cubierta: Tomàs Capdevila

Fotografía de la cubierta: © Photaki - Jean-Luc Cochonneau

Fotografía autores: © Javotte Boutillier - Luce, © Claire Garate

Realización y producción: Editorial Octaedro

Impresión: Liberdúplex, S.L.

Impreso en España - *Printed in Spain*

«No hay ningún hombre que no se asiente en otro.»

PROVERBIO AFRICANO

MUESTRA EDITORIAL

SUMARIO

Introducción 13

1. ¿Un verdadero mundo de fieras? 15

2. ¿Qué es el respeto? 25

3. ¿Por qué no me respetan? 31

4. Cómo hacerse respetar 45

5. El respeto en el trabajo, en la pareja,
en la familia y en la calle 67

Conclusión 99

Sobre los autores 101

> INTRODUCCIÓN

«A nuestros jóvenes les gusta el lujo, tienen malas maneras y no tienen ningún respeto por la gente mayor. En nuestra época, los niños son unos tiranos». ¿Quién pronunció esta frase que parece tan actual? El filósofo Sócrates, hace más de 2000 años... ¡Lo que demuestra que la falta de respeto no viene de ayer! Y no obstante, el respeto, o más bien la queja por su desaparición, vuelve constantemente a nuestras bocas. Se ha extendido por todas las facetas de la vida: en el trabajo, en la calle, en la pareja o en la familia. Aunque vivimos en un mundo cada vez más seguro, nos domina la impresión de ser maltratados.

¿De dónde viene esa sensación de creciente falta de respeto? De la sensación de ser tratados como un objeto y no como un sujeto. Cuando nos vemos reducidos a ser el número 485 durante la estancia en un hospital; cuando la panadera nos llama: «¡Siguiente!» sin levantar la nariz; cuando nuestro jefe nos cambia de sitio sin avisarnos; cuando nuestro

vecino chilla al teléfono mientras intentamos trabajar... Es como si escucháramos: «Tú no existes». Así, resulta de una violencia inaudita no ser considerado como un ser humano. ¿Os acordáis de ese alcalde que utilizó un repelente para alejar a los sin techo de un centro comercial? Hombres tratados como perros. El respeto es lo que nos humaniza, lo que nos permite convivir. ¿Qué ocurre cuando somos vistos como cosas? Perdemos la capacidad de ser actores y, con ello, perdemos nuestra libertad interior, la única garantía de respeto.

*«Debemos ser respetuosos
para ser respetados.»*

Este libro pretende ayudaros a retomar las riendas de vuestra vida, sin, por eso, maltratar a los demás: no hace falta ser agresivo para hacerse respetar. Algunas veces olvidamos que el derecho al respeto va ligado al deber de respetar a los demás. Y que el respeto empieza por respetarse a uno mismo... Si el precepto «Amémonos los unos a los otros» es difícil de seguir, atrevámonos a proponer «Respetémonos los unos a los otros».

1. ¿Un verdadero mundo de fieras?

Tenemos la sensación de vivir en un mundo de fieras en el que ya nadie se respeta, en el que tenemos que abrirnos paso a codazos, alzar la voz, dar un puñetazo... para hacernos escuchar. ¿Favorece nuestra sociedad la desconsideración?

El respeto antes del 68

Una vez más, la revuelta de Mayo del 68 se señala como responsable de esta creciente falta de respeto, sobre todo en niños y adolescentes. ¿Acaso no denunciaba la hipocresía de los buenos modales? ¿No se burlaba del ejército, la familia y la patria? En los años cincuenta, los niños no tenían derecho a hablar en la mesa ni a expresar su desacuerdo con un adulto, entre otras muestras de desconsideración en esa época. Afortunadamente ya no estamos en ese punto. A los nostálgicos de los viejos tiempos, cuando los niños bajaban la mirada para hablar con los

adultos, una sumisión confundida con el respeto, nos gustaría recordarles que cualquier revolución y período contestatario perjudican el orden establecido y, por lo tanto, sus valores, ya sea en 1789 o en 1968. ¿Qué ocurriría antes del primaveral movimiento de protesta? Desde luego existía la exigencia a los niños de respeto hacia los adultos, pero ninguna hacia los niños. En el Código civil francés, el artículo 371 estipula que «el hijo, en cualquier edad, debe honor y respeto a sus padres», pero desgraciadamente a la inversa no se precisa. Según la ley, los padres deben protección a los hijos pero no les deben respeto. Lástima, porque vamos a ver hasta qué punto se alimenta de reciprocidad...

El respeto después del 68

Sin embargo, hace falta tiempo para poner en marcha nuevas normas. Por querer ir demasiado deprisa, algunos pusieron el límite en el otro extremo: el hijo imponía su ley al padre, el alumno dictaba la suya a los profesores y, por respetar demasiado sus palabras, los adultos olvidaban que los jóvenes también tienen el deber de respetarles a ellos... Por lo tanto, ¿ha desaparecido el respeto? Algunos códigos se han vuelto, efectivamente, obsoletos, pero aún resisten y, sobre todo, ahora son recíprocos. Hoy en día, los adultos admiten que es importante respetar a los niños, aunque no siempre lo hagan...

«Respetar a un niño no significa obedecerle. Ese malentendido ha causado mucho daño.»

La ley de «cada uno a lo suyo»

Si bien el movimiento del 68 no tiró el respeto por la ventana, sí que dejó tras de sí cierto individualismo que no le favoreció. Acostumbrados a ser mimados, los niños y los nietos de los Treinta Gloriosos, tienden a confundir respeto con libertad total. Como esos adolescentes que gritan que no les respetamos cuando les prohibimos hacer una llamada en clase. O como esos asalariados que apelan al acoso cuando se les pide solamente que hagan bien su trabajo. Las desviaciones existen y es una lástima que el respeto, bella noción donde las haya, pague el pato.

«Todos queremos que se nos respete. ¿Respetamos nosotros a los demás?»

La reivindicación excesiva es una prueba de este individualismo, en el que cualquier traba a la libertad se vive como una falta de respeto, aunque en ciertos casos solo se trate de limitar sus exigencias.

Ser respetado no se resume en hacer lo que queremos y no implica situarnos por encima de las leyes...

El anonimato urbano facilita la falta de respeto

El rápido y agresivo modo de vida urbano exige poner el listón alto para hacernos respetar en los transportes públicos, en la calle, en las colas del cine, etc. Cuando el 80% de la población vivía en el campo, los habitantes de los pueblos se conocían y se comportaban cortésmente la mayor parte del tiempo. La vida en las ciudades ha multiplicado las ocasiones de irreverencia; y es que el sentimiento de pertenecer a una multitud anónima no favorece la cortesía. Sin la sensación de formar parte de un grupo de humanos, nos cuesta más respetarnos mutuamente. Explicaremos en detalle este punto en el capítulo 5.

Las maltratadas leyes democráticas

¿Y qué decir de las nunca realizadas promesas de nuestros dirigentes? Los derechos elementales (tener una vivienda, alimentarse) no se están respetando. Peor aún, en nuestra sociedad de consumo, el respeto solo se concede a los ricos, que pueden consumir, y a los poderosos, que pueden a veces cometer fraudes con total impunidad, dando la impresión al común de los mortales de ser ellos quienes pagan el pato. Por lo tanto, el respeto no está reservado a la

gente más pudiente, y cuando esto sucede, es señal de que la sociedad se desmorona, ya que juzgamos su calidad democrática y su grado de civilización por su capacidad de proteger a los sujetos más débiles.

«El respeto es uno de los pilares de la paz social, un signo de democracia.»

También a veces, aquéllos que ya no son una fuerza de trabajo dejan de ser respetados, triunfando las leyes del mercado sobre la democracia. Florecen los paraísos fiscales y las corrupciones legales se multiplican, ¿cómo respetar la democracia cuando se han debilitado sus reglas? Cuando el ciudadano se siente menos respetado, es menos respetuoso.

Expuesto y sobreexpuesto

La ridiculización de la intimidad es, con frecuencia, el origen del sentimiento de desconsideración. El desarrollo de redes como Facebook, donde muchos exponen su vida privada, echa a perder dicha intimidad. El blog, que refleja una necesidad permanente de explicar lo que vive uno en su día a día, como para legitimar su existencia a la vista de todos, presenta el mismo defecto. En algunos sitios de internet podemos seguir 24 horas al día la vida de individuos

que duermen, comen y hacen el amor en directo en pantalla. Hoy en día, la exhibición de la intimidad llega a niveles sin precedentes y son cada vez más las personas que quieren ser vistas con la esperanza de ser reconocidas. Nos sentimos tan solos entre la multitud, tan anónimos, que algunos están dispuestos a sacrificar su yo más íntimo por unos minutos de gloria. Pero, ¿es el mejor medio para ser respetado? De esta sobreexposición de sí mismos, esperan obtener el respeto de los demás, cuando están dando a todo el mundo el derecho y el poder de meterse en su vida y en sus elecciones.

En los programas de testimonios, donde *voyeurismo* y compasión son dos pilares indispensables para el éxito, las personas se muestran como víctimas, esperando ser reconocidas y legitimadas en ese estatus. Piensan que, explicando su vida, obtendrán respeto, pero se ganan exactamente lo contrario: esas personas se convierten en aquello que han «confiado» a millones de telespectadores. Reducidas a ser únicamente la mujer violada, el marido engañado, pierden toda libertad de control sobre su imagen. Les gustaría ser consideradas, pero la puesta en escena se lo permite en muy raras ocasiones. Son utilizadas, manipuladas, presentadas bajo un aspecto poco favorable, sin hablar de los juegos televisivos que consisten exclusivamente en humillar públicamente a los participantes. En ese contexto, el «visto en la tele» es raramente señal de respeto.

El miedo al desempleo

La situación financiera actual y el contexto de crisis tampoco favorecen el respeto entre individuos. Por miedo a perder su empleo, cada vez son más los asalariados que aceptan ser maltratados por sus patronos. Situaciones inaceptables son mantenidas hábilmente por una jerarquía poco escrupulosa con lo humano, siendo ella misma, con frecuencia, poco respetada en lo alto de la pirámide: la falta de respeto es una larga cadena. La crisis permite despedir, bajar los sueldos y mantener un clima de dependencia que limita las bazas para defenderse. El miedo conlleva la desconsideración porque disminuye la asunción de riesgos de los individuos, pues es esta la que proporciona la sensación de libertad interior, verdadera piedra angular del respeto.

¡Respeto rima con libertad!*

Por miedo, renunciamos cada vez con más frecuencia a una parte preciosa de libertad y, con ella, a la parte de respeto que se nos debe. Atribuyendo a una instancia superior la posibilidad de adquirir el poder sobre nosotros mismos, vemos nuestra libertad condicionada y sometida a decisiones ajenas. En nombre de la seguridad, nos lanzamos a los brazos

* Juego de palabras, en francés *respect* (respeto) rima con *liberté* (libertad), lo que no ocurre en castellano. (*N. de la T.*)

de un patrón, de un hombre, de una mujer, del Estado, instalándonos en una situación de dependencia que nos infantiliza y nos hace perder todo respeto. ¿Por qué? Porque el respeto, lo veremos un poco más adelante, viene de la capacidad de afirmarse, de decir aquello que uno piensa. Es el poder de decir sí, de decir no, de irnos cuando la situación ya no nos conviene. Si no, nuestros propósitos pierden su valor.

En una editorial de provincias, los trabajadores se quejan de no ser respetados. Más allá del comportamiento de la jerarquía, el hecho de que la editorial sea la única en dar trabajo en ese ámbito no incita a la revuelta. Los trabajadores lo saben; los patronos también. Veremos más adelante, en la parte dedicada al trabajo (capítulo 5), que las nuevas formas de gestión maltratan a los trabajadores y les conducen a dejar de respetarse, volviéndolos a su vez incapaces de hacerse respetar.

Una necesidad de seguridad cada vez más importante

Pero atención, la crisis sirve de excusa a los jefes, pero también a los trabajadores. En general, nuestra sociedad se ha vuelto cada vez más timorata. Queremos garantías y ya no soportamos el riesgo. ¡La necesidad de protección nunca había sido tan grande, no nos habíamos sentido nunca tan frágiles! Los seguros privados se multiplican sin estar siempre justificados.

*«El respeto sonrío
a los audaces.»*

Al querer tanta seguridad, tanto en el trabajo como en el exterior, nos metemos a nosotros mismos en prisión y nos volvemos vulnerables. Naturalmente, no se trata de decir que el respeto por uno mismo depende de una libertad total, no tenemos el poder absoluto sobre todo. Si dejamos una empresa en una región poco dinámica económicamente, el riesgo de no encontrar empleo fácilmente existe; pero, de todas maneras, no es una fatalidad. A veces, e incluso bastante a menudo, la audacia puede revelarse provechosa y darnos alas para crear otra cosa, cambiar de camino... Hacerse respetar es retomar el poder sobre uno mismo, sobre la propia vida, y no el poder sobre los demás, como pensamos a menudo.

Preferimos el adjetivo «audaz» al de «arriesgado». ¿Por qué respetamos a las personas aventureras? Porque se atreven a llegar hasta el límite de su sueño, de su libertad. Conservan la capacidad de emprender, aunque fracasen. Si bien nos burlamos del valentón, del fanfarrón demasiado seguro de sí mismo y acechamos con satisfacción sus derrotas y sus pasos en falso, el audaz humilde nos impone respeto porque ha sabido superar sus miedos.

> 2. ¿Qué es el respeto?

El respeto es una noción difícil de determinar. Se puede confundir con la cortesía, la admiración, el afecto o incluso con el miedo que uno inspira.

Todos tenemos derecho al respeto

¿Qué dice el diccionario? «El respeto es un sentimiento que lleva a conceder a alguien cierta consideración, en función del valor que le reconocemos, y a comportarse con él con reserva y discreción» (*Le Petit Robert*). El sentido común extiende el respeto a aquellas personas a las que otorgamos cierta autoridad, como la del padre sobre el hijo o la del profesor sobre el alumno. Hacerse respetar es lograr que el otro nos preste atención y tolere nuestras diferencias. Respetar al prójimo es tener en cuenta el hecho de que nuestras palabras y nuestras acciones puedan tener un impacto sobre él.

«Respetar al otro, es simplemente reconocerle la misma humanidad y el mismo valor que a sí mismo.»

El respeto concierne a la concepción que nos hacemos del ser humano. El animal ignora el respeto, si no nos muerde es porque está unido a nosotros o porque tiene miedo de llevarse un bastonazo. El mundo animal, muy jerarquizado, solo conoce la sumisión o la fuerza. El respeto es propio del hombre. La regla de oro consiste en considerar que, como humanos, todos y cada uno de nosotros tenemos igual derecho al respeto. Que nuestras opiniones, creencias, sentimientos, deseos o emociones tienen el mismo valor que los de cualquier otra persona. Tenemos derecho a no entender enseguida, a equivocarnos, a cambiar de opinión, a negar un favor a quien nos lo exige y a no estar de acuerdo con él.

El respeto no es el amor

Como definir qué es el respeto no resulta tan fácil, puede que podamos delimitarlo mejor por aquello que no es, por una definición en negativo. El respeto no es una sensación psicológica, sino una conducta racional y moral. El afecto puede favorecer el respeto, ya que si bien es cierto que el amor no es respeto,

tampoco es lo contrario y si a veces los confundimos es porque, sin ser sinónimos, mantienen un vínculo. ¿La prueba? Podemos respetar a un enemigo por su valentía sin, no obstante, quererle. Esperamos el amor de nuestra familia, de nuestra pareja y de nuestros amigos, y esperamos que ellos nos respeten, incluso si los sentimientos complican la situación, como veremos más adelante. Pero no esperamos que todo el mundo nos quiera, ¡sería muy pesado! En cambio, nunca serán demasiadas las personas que nos respeten.

El respeto no es el miedo

«Cuanto más severos somos, más nos hacemos respetar», declaraba una actriz en una revista femenina. Digámoslo claramente: no estamos en absoluto de acuerdo con esta afirmación. Es confundir, una vez más, respeto con sumisión. Claro, es posible que la persona acceda a nuestra petición, sin embargo no por ello nos respetará, porque el respeto se alimenta de estima. No consiste en someterse al deseo del otro, ni en obtener una complacencia ni una obediencia ciega. Además, ¿respetar a una persona a la que tenemos miedo, es realmente respeto? Con una pistola en la mano, ¡lo obtenemos fácilmente! Imponerlo no es pues sinónimo de fuerza, sino más bien una manifestación de debilidad, como el profesor que grita para hacerse escuchar por sus alumnos, o el cabecilla que golpea por miedo a ser golpeado.

El respeto no es siempre admiración

Podemos respetar a alguien que admiramos... o no. A menudo, la persona admirada se coloca en un pedestal del que no puede moverse. Como está bien situada, es respetada, pero ¡cuidado con el fracaso! Es particularmente patente en el mundo profesional donde el que consigue o tiene el poder es admirado por todos hasta el día en que cambia su suerte. Caída de su pedestal, esa persona tan idealizada ya no es respetada, prueba de que la sensación que producía más bien dependía de la admiración (o de la sumisión) ligada a su estatus y a su poder más que de un verdadero respeto.

El respeto no es la cortesía

Como en el caso del afecto, la cortesía alimenta y favorece el respeto, pero no lo define. Podemos dar prueba de cortesía delante de una persona por la que no tenemos mucha consideración. La cortesía es el aceite de los engranajes de la sociedad, nos permite convivir sin males mayores. Es una protección ante la guerra, ante la ley de la jungla, ante la violencia. La cortesía es un código externo; el respeto, un sentimiento interno, que introduce nociones de consideración, de estima y de reconocimiento. Algunas personas son respetuosas con las demás aunque no posean los códigos de la cortesía. En cierta manera, el respeto es más igualitario que la cortesía,

la cual se enseña y cuyas reglas a veces son complejas y requieren una buena educación. En cambio, el respeto es más difícil de enseñar porque procede de la identificación: padres respetuosos tendrán, muy a menudo, hijos respetuosos. (Ver capítulo 5.)

Respeto aquí, desconsideración allí

«Convertirse en una persona respetable es respetar lo que respetan los demás.»

Observemos, por último, que las señales de respeto cambian de una cultura a otra. En los países del Magreb, fotografiar a una persona sin su consentimiento es una falta total de respeto, igual que tocar a alguien en la India, mientras que este comportamiento está alentado en las culturas mediterráneas. La distancia corporal a respetar no es la misma si vivimos en Alemania o en España. Los códigos ajenos tienen que tenerse en cuenta: entrar en una mezquita con zapatos es burlarse de lo que los musulmanes respetan, reír a carcajadas en una iglesia es burlarse de los católicos, etc.